

ESFUERZO

Máxima virtud la del pueblo que puede mostrarse vigoroso ante los demás. Pueblo grande aquel que ostente, como el mejor de sus blasones, el espíritu constante que le anima y que le impele a buscar, para sus colectividades, un abolengo honroso: el pasado de labor tesonera por alcanzar mejoramiento.

Esfuerzo es prodigio de creación y de triunfo. Es, para los pueblos, la fecunda superación de sí mismos para arrebatarse el tiempo, en batallar heroico, la conquista de sus destinos, la seguridad de un porvenir que les pertenece y al que tienen derecho.

Los empeños tenaces de toda la región septentrional de la patria por obtener la línea férrea que le comunique con las del centro y sur del Ecuador y, especialmente, que le abra la vía única, la del Pacífico, demostraron la contextura de su alma y el poder acerado de sus músculos.

Recuerde la patria la forma, no emulada aún por ningún pueblo ecuatoriano —lo proclamamos con orgullo— cómo Imbabura intervino en la construcción de esta senda en que puso, como riego sagrado, el sudor de sus hijos. Recuerde la patria esa manera, no igualada todavía, cómo nuestras ciudades y pueblos dejaban la tranquilidad cotidiana de su vida para salir en masa a la tarea que se impusieron voluntariamente por hacer avanzar esta obra de sus más caros anhelos. No olvide la patria el frenesí, la obstinación de estos pueblos por redimirse de un aislamiento retardatario, por liberarse de una postergación injusta. Y ante la esperanza de buenas, de santas realizaciones, recuerde la patria ese esfuerzo noble de los pueblos de Imbabura que supieron dejar en esta vía la señal eterna de su trabajo, atestiguado por el prodigio de más de cuarenta kilómetros de camino realizados en escasos dos años de brega incansable. Porque casi la totalidad de la línea fue hecha *gratuitamente* por los hijos del Norte. Ejércitos —qué hermosos ejércitos— de tres, cuatro, cinco y hasta seis mil trabajadores se veían continuamente repartidos, como en la mejor de las batallas campales, en el trazo del sendero donde habían de luchar y vencer con la más bella de las armas: la piqueta! Recuérdese la impresión que producía en todos los ánimos la noticia del avance arrollador de una minga —nombre símbolo en los pueblos del Norte—, de esas masas enormes de hombres decididos que se enseñoreaban y posesionaban de estos campos vastos y bellos para trabajar la ruta salvadora. Nuestros indios, estos indios morenos y esforzados —bronces que viven y que luchan— tomaron parte activa en las faenas: ellos hollaron y lastimaron sus tierras para abrir

la senda estrecha, surco de futuras y prometedoras gestaciones... Recuerde el Ecuador la odisea magnífica de anhelos, de dolores, síntesis de aspiraciones que guardaba el alma de Imbabura como augurio de grandezas y de glorias. Recuerde la patria el esfuerzo de Imbabura y justifique la premiosa necesidad de recompensa...

Otavaló, la ciudad que se recuesta en la poética meseta andina, resguardada por su viejo señor, el Imbabura, tuvo ingerencia decisiva en la construcción de la obra. Grandes fueron siempre sus contingentes de trabajadores en las repetidas ocasiones en que se sometió a prueba de entusiasmo y actividad a los cantones de esta provincia y la del Carchi. Porque no podemos olvidar el gesto de esos valientes pueblos que vinieron, tras duras jornadas de camino, a trabajar voluntariamente en la sección de Ibarra.

Otavaló mantuvo su prestigio y realzó su mérito de patriota. Quiso poner muy en alto su nombre en esta a modo de justa pugna de los pueblos. Pugna estimuladora y sana. Porque es preciso anotar ese carácter de acendrado amor a la obra "redentora": Amor, anhelo puro de descuajar montes, tajar peñas y remover el suelo y arrojar la tierra negra para abrir entrañablemente la vía, con cariñosa solicitud. Se aspiraba a prodigiosas transformaciones, a rápidos cambios... Y en las mentes fatigadas de aquellos que se entregaron a la faena, se asomaba, como una evocación consoladora, la silueta inmensa de una máquina que respiraba fuego y lanzaba a la eternidad de los cielos azules de Imbabura –grito anunciador de gestas magnas– la pitada potente de sus pulmones de hierro...

Otavaló se congratula de haber hecho su esfuerzo. Se complace de haber dado su ayuda. El esfuerzo de sus hijos, la ayuda de sus hijos, bien premiados se ven ahora con la realidad de sus anhelos. Pero no escatimaré, si ha de ser necesaria aún su coadyuvación efectiva: su vigor está siempre al servicio de los buenos propósitos de mejoramiento y progreso.